

LA CONDICIÓN HUMANA

Víctor Meza

Fue Malraux, André Malraux, el que plasmó literariamente los mil y uno vericuetos de la condición humana en su ya célebre novela. A partir de esa obra, es muy poco lo que se podría inventar o añadir. Si no lo dijo todo, lo mostró casi todo. Los dilemas, la angustia, la vacilación, el cuestionamiento interior, el miedo, la duda, la incertidumbre, el recelo, la envidia, la admiración con ira, el temor a equivocarse. Todo, o casi todo eso, está en la obra de Malraux y en la penosa existencia de sus personajes principales, atrapados siempre entre el deber del idealismo y la duda del pragmatismo vital.

Y, así es. Lo podemos comprobar en los hechos cotidianos de la existencia diaria. Los indicios de discordia, discrepancias y riñas entre los jóvenes convocantes de las marchas de las antorchas son, apenas, los primeros destellos de esas controversias y disputas inherentes a la condición humana, cuando se ve invadida por oleadas de protagonismo inesperado y de fama, posiblemente, inmerecida.

Muchos de ellos no saben qué hacer. La avalancha inusitada los rebasa, los envuelve en su torbellino alucinante y, por supuesto, los descoloca y aturde. Se engolosinan y empachan de la nueva dinámica social, una oleada de acontecimientos que ellos mismos han provocado, sin saberlo ni proponérselo. Es, otra vez, la misma y vieja situación, la de los meses posteriores al golpe de Estado de junio del 2009: la masa produce más historia de la que el país puede consumir. Y por eso mismo se engolosina, se harta de historia, se atosiga, se enferma...

Como el llamado "movimiento de los indignados" ha surgido de forma inesperada, sin liderazgo definido ni líneas de dirección previamente establecidas, el espontaneísmo primario se impone y domina. Y ¡qué bien que sea así! Esa es la fuerza primigenia del "movimiento", su energía inicial. Pero, al mismo tiempo, esa es su debilidad posterior. La masa que se moviliza sin organización es fuerte y, si se quiere, puede lucir impresionante. Pero, al mismo tiempo, es frágil, carece de sostenibilidad de mediano plazo y, a la larga, se diluye o disuelve en disputas internas y reclamos personales, tan vacíos como intrascendentes.

Las controversias que ya estamos observando entre algunos convocantes de las marchas de las antorchas, sus recriminaciones mutuas y acusaciones descalificadoras entre sí, son los destellos de una división en ciernes, el relámpago que anuncia la tormenta, el germen del fraccionamiento y el desgaste prematuro. ¡Qué triste que sea así! Pero, aceptémoslo, es la expresión inevitable de la condición humana.

Pareciera que a los jóvenes convocantes, a algunos, no a todos, la camisa les ha quedado grande. No estaban a la altura de la dinámica social que, sin imaginárselo, despertaron y provocaron. Y si a esto agregamos la actividad subterránea de los grupos radicales de siempre, aquellos que creen en

la virtud de las divisiones internas y en la polémica infinita, entonces el cuadro se muestra más completo y comprensible.

Los sectores más duros, los extremistas, independientemente del signo ideológico o teológico que sean, siempre le apostarán al radicalismo político, a la búsqueda incesante de los extremos, a crispar el clima y “agudizar las contradicciones”. Es su fórmula favorita, si es que no es la única que conocen. Hay que alejarse de ellos, rechazar esa vocación suicida de los extremistas por sacrificar lo más para obtener lo menos, esa perniciosa tendencia a confrontar las partes para que la violencia, esa mítica “partera de la historia”, nos ayude a alumbrar el parto esperado de la nueva sociedad. ¡Cuidado con ellos!